

Nombre
No.

1374

Panegirico del sepelio de Don Párpicio
Henera.



SENADO DE LA REPUBLICA DOMINICANA

PRESIDENCIA

No hubo Resolución porque el Poder Ejecutivo dictó
un Decreto.

Día 25 de junio de 1974.

(Oración fúnebre pronunciada por Manuel Rueda G. en el sepelio de Don Porfirio Herrera y en representación de la Academia Dominicana de la Lengua.)

Es al filo de la muerte cuando la vida adquiere su más profunda significación; surge entonces, nítida sobre la imagen que yace huérfana de atributos, la otra imagen, la verdadera, la única, la que habrá de contar en lo adelante, hecha de años y meses y minutos, de penas y alegrías, de triunfos y fracasos, de los mil incidentes con que el hombre deja constancia de su paso por la tierra. No es entonces la muerte la imagen de ese hombre - sea hombre de bien, patriota o artista- ; lo que habrá de durar no es esa imagen que ya estragan las sombras y que se desvanece en las espirales del incienso; lo que habrá de durar no es el hombre yacente, sino aquel que permaneció erguido sobre sus conquistas, el que amó, luchó y anduvo entre los seres y las cosas, aquel que avisó el futuro y lo dejó marcado con sus señas.

Es el triunfo de la vida y es, al fin de cuentas, el gran triunfo de la justicia (la humana y la divina) ; saber que no podremos desembarazarnos del hombre vivo como lo hacemos con su cadaver; saber que, ya sea en el seno de la Historia o del Arte, seguiremos oyendo sus pasos, el fragor de sus luchas, la tenue respiración de sus amores.

Lo enigmático y terrible de la muerte es que ella, al dar el toque final a esa gran escultura móvil que es el hombre, lo deja expuesto a la luz cruda de la conciencia y de los juicios inapelables.

Don Porfirio Herrera, el hombre, entrega ahora a la vida una imagen llena de perfiles claros que resistirá los exámenes más exigentes.

(punto y seguido)

Por lo tanto, no sería este el momento más adecuado para comentar su obra literaria, sino para exaltar las virtudes de su conducta intachable. Pero el poeta, en este caso, fue un reflejo del hombre. En el único libro de poesías que reunió y que hace poco había dado a la imprenta (ya que su modestia le hizo rehuir siempre la publicidad) quedaron plasmadas las constantes de sus estímulos líricos: naturaleza, amor, patria, amistad... Fue la suya una época de señoríos, de paisajes contemplados a lomo de caballo, de amores susurrados a través de las rejas o en la quietud de una casona grande con patios profundos y soleados, de ardores patrióticos en las estampidas de unas revoluciones santas, y de amistades más fieles que el amor.

Aún lo veo con su andar lento de patriarca subir a mi casa en visita de cortesía "para saludar al nuevo académico", según me dijo. El lema de la Real Academia Española especifica que la Lengua "limpia, fija y da esplendor". Pues bien, él conseguía algo más: que el espíritu resplandeciera sobre ella, que la cortesía fuera ingrediente indispensable para su correcta aplicación, como si la palabra amistad, como si la palabra honradez, fueran síntesis maravillosas del idioma.

Don Porfirio no fue un poeta de compromiso. La creación artística era para él un acto de reverencia y la ejercía con la misma parsimonia y decoro con que un patriarca del antiguo testamento hubiera hablado de sus experiencias íntimas. No se enajenó en brazos de la circunstancia, ni de las posiciones brillantes, sociales o políticas; su expresión se deslizó bajo los ramajes de la costumbre en una intimidad serena y contemplativa, como esa fuente virginal que cantara, casi émula de la "fuente que mana y corre" de San Juan de la Cruz, fuente llena de castidad, arrobada en su propia contemplación, y a la que un sol irreverente hace huir "mal vestida de espuma".

Poeta de cotidianidades: escribía cartas en verso a su mujer, sobre ausencias largas, canarios enjaulados que imitaban con sus trinos las escalas que la amada desgranaba en el piano; escribía versos a su hermana, a sus hijos, a sus amigos y cincelaba sus estrofas como en la privacidad de un álbum familiar.

Había nacido en el año de 1902, año en que Darío comenzaba a escribir sus tumultuosos versos de inicio, por los que recibió el nombre de "enfant terrible" de las letras nicaragüenses. Así, cuando don Porfirio Herrera gana dos Coronas de Laurel de Oro y una medalla de oro en los Juegos Florales de 1908, el creador del Modernismo ya había publicado sus "Cantos de Vida y Esperanza" y "El Canto Errante" y llevado su influencia a los más apartados rincones del Continente.

En la poética de Herrera el modernismo no se convierte en un derroche de pedrerías, ni en un recuento de exotismos o de imágenes eróticas, como en el caso de muchos epígonos del modernismo en América, quienes rinden culto al "sonoro chino de Litaipé y a Leda venusina a horcajadas sobre "el ebúrneo cisne de nieve". El modernismo de nuestro poeta fue mesurado y casto. Rehuyó los excesos verbales, apegándose más a sus antecesores inmediatos, los neo-clásicos y románticos españoles, que a los temas y clisés de la nueva escuela.

Esta poesía mantuvo vigencia y frescura, en ese difícil momento de transición, a causa de su autenticidad. Y así queda identificada fácilmente con el modernismo es por lo dúctil del vocablo, por la metáfora galante y colorista, airosa y en tono menor, y por la dualidad metrórica donde su buen oído, pese al convencionalismo estrófico, logró plasmar matices y efectos variados, paliando con ello toda traba o exceso.

Para muchos, inmersos en una época de libertades y de búsquedas heroicas, esta poesía podrá parecer cándida o en extremo conservadora. Pero, quiérase o no, una cosa es indudable: ella encarna un momento de la evolución poética dominicana. Dentro de su generación, don Porfirio Herrera quedará integrando, por derecho propio, el grupo de los Valentín Giró, Apolinar Perdomo, Pellerano Castro, Enrique Henríquez, Osvaldo Bazil, Ramón Emilio Jiménez, Víctor Garrido... Y cuando se haga una selección cuidadosa del Soneto en América, no podrá faltar en ella aquel extraordinario sonetillo en octosílabos que ya hemos mencionado: "La Fuente", poema delgado y de una pureza que entronca con el Juan Ramón Jiménez de las "Pastorales" y con Paul Valery, a quien parece aproximarse por la rima y el reflujo de las sonoridades encadenadas.

Como una ninfa hilandera
la fuente, hila que hila,
salta alegre y risotera
mientras su hilo destila.

Burlando la enredadera
asoma el sol la pupila
y adormilada y soñera
la ve dormida en la pila.

Ella prorrumpe en rumores,
carminada de rubores
al ver que el sol la está viendo;

salta esquivando entre la bruma,
y mal vestida de espuma
se va por la selva huyendo.

Fuente que es imagen de la vida, cuyo hilo destila entre risas, entre las sombras y protecciones de la naturaleza, hasta que poco a poco se expone al sol de la eternidad, que la desnuda...

El poeta, en otro lugar, llamó a este momento "las negras traiciones de la muerte", traiciones en las que él quedaría preso irremediablemente.

En cuanto a la palabra "risotera" que aparece en el tercer verso de la primera cuarteta, don Porfirio me dijo un día que había decidido cambiarla por "parlotera", ya que un gramático (de esos que no faltan) lo había remitido al Diccionario y allí no estaba. Ante tal peligro, yo protesté ante el poeta pues consideraba que dicha palabra era un hallazgo y que él estaba en todo su derecho al emplearla, toda vez que los Diccionarios son necesariamente incompletos, en comparación a la Lengua que es vital y creativa. Don Porfirio me miró aliviado, como si mis palabras le hubiesen brindado una justificación que él esperaba encontrar.

He visto hace poco los originales de su libro y sé que la palabra en cuestión se encuentra a salvo. Sin embargo yo pienso que si él la hubiera cambiado, haciendo caso a quienes ven la creación desde perspectivas tan estrechas, todos habiéramos leído la palabra correcta, la original, ese "risotera" que envuelve en su eufonía una percepción simultánea de risa, luz, agua y espuma en movimientos y rumores sin fin.

Ahora que sus compañeros académicos venimos a despedir sus restos mortales; ahora que comenzamos a vivir de los dones que

su tránsito de árbol generoso regó en nuestro camino; ahora sólo tenemos para él, como modelo de pureza y como una flor que se balancea al borde del abismo final, esta nueva estrofa que extraemos de su poema autobiográfico "El árbol del camino abandonado". Y aunque lo utilizara como prólogo de su libro de versos, permítaseme, en esta hora de las despedidas dolorosas, usar dicha estrofa como un Epílogo. Epílogo de ese libro luminoso que fue su vida.

Ese lánguido canto que ondulaba en el aire
Con su verso final,
y repetían los ecos de la noche
bajo los horizontes estrellados,
era como tu vida... que se va de la vida
y deja en el camino la pena de un adiós.

Pero a quien asumió en la vida condición de fuente, la muerte no lo consume. Pero a quien asumió en la vida condición de árbol, la muerte no lo despoja. Puede el agua mermar en los asedios del estío. Puede el follaje perder su seducción y aún sus ramas caer, desgajadas por la tempestad, pero siempre a través del insomne discurrir de la corriente y alrededor del tronco aioso, seguirá oyéndose un trinar de pájaros, mientras una sombra ancha como el cielo mismo que ahora hace de reflejo y de copa, dará protección a quien la solicite: a la esposa y a los hijos desconsolados, a los amigos que aún nos sentimos tocados por su mano, transfigurados por la santidad de su trato irreprochable.

Quede en pie el poeta y el caballero, erguido en estos símbolos de su arte y de su afecto. Sólo entregaremos a la tierra una imagen fugaz, ya carente de sentido. El hombre intacto, esencial, permanece a nuestro lado como un ejemplo y una compañía.

(Panegirico pronunciado por el presidente del Instituto Duarte, Lic. Pedro Troncoso Sánchez, en el sepelio del Lic. Porfirio Herrera, el 25 jun. 1974)

Ante la caída de un hombre como Porfirio Herrera, el pensamiento tiende a ascender hasta la idea de hombre; hasta la esencia y sentido del ser de conciencia y voluntad, ~~que es el hombre~~. Y tiene el panegirista que apreciar la verdad y perennidad de la doctrina platónica cuando concibe la criatura humana.

Lanzando hoy una mirada de conjunto a la existencia concluida de Porfirio Herrera, ^{y sosteniendo las metas hacia las cuales dirige su espíritu,} no es dable representarse una vida mejor realizada que aquella que ha rendido culto al bien, a la verdad y a la belleza. Imposible pensar que el hombre, su paso por el mundo, no está destinado a actualizar estos supremos valores. ~~del espíritu.~~ Nadie podría sostener que la última finalidad del hombre está en alcanzar ^{fines propiamente} metas ajenas al bien, la verdad y la belleza. ¿Puede alguien imaginar, al hacer ^{el momento} la evaluación de esta vida que termina, que pudo ser mejor hombre Porfirio Herrera habiendo sido bondadoso, sabio y artista?

Porfirio Herrera sustentó y realizó el valor espiritual de la bondad. A la vista de sus amigos lució siempre como ejemplo de humana cordialidad, aun en momentos de agresiones y malicias. Si no miente la etimología, se es cordial cuando habitualmente se pone en ejercicio el corazón. ~~Ahora bien, el~~ corazón, ~~es~~ el asiento del amor. Ser cordial es una forma de amar. Se ama cuando hay pureza en el pensar, en el sentir, en el querer, en el actuar; cuando hay delicadeza en el trato personal. Don Porfirio fue un maestro nato en el arte de la frecuentación con sus semejantes. La palabra amistosa, el lenguaje ^{en paz} de la sonrisa, el humor, la cortesía, esos grandes vínculos del hombre en sociedad, fueron en Don Porfirio la irradiación natural de su bondad de corazón. En un país en que todavía es característica la anotada por ^{Cristóbal Colón} ~~el misionero Padre Vico en tiempos de la~~ ~~colonización,~~ al referirse a los indios caribés -"Cuando hablan

parece como que amenazan"- él fue la personificación de la jovialidad. Por eso su persona suscitaba simpatía y su presencia era ^{paladable} ~~benéfica~~. Lo dice quien tuvo el privilegio de trabajar y viajar con él en circunstancias en las cuales había que enfrentar pasiones encontradas.

Porfirio Herrera rindió culto a la verdad como jurista. Su ciencia era la del derecho. Fue largo su ejercicio de la abogacía. Era un convencido de que la verdad jurídica, en la ley, en la doctrina, en las sentencias de los tribunales, en los dictámenes del ministerio público, no podía estar presente sino cuando la norma ^{positiva} ~~jurídica~~, al aplicarse a las situaciones reales, se ajustara a la innata noción de la justicia. Para él la ciencia jurídica no fue sino el trabajo teórico encaminado a descubrir, en la práctica de los debates humanos, la fuerza y el valor del derecho en el título o en el vínculo que mayormente concordara con un sentido de armonía entre los hombres o con el mínimo de fricción en el lindero en que se topan unos y otros los derechos. Así lo acreditó su gestión como fiscal en los años juveniles. Así lo revela la historia de su ~~largo~~ ejercicio profesional. Así lo ponen de manifiesto algunos episodios de su carrera, como la brillante defensa que produjo en el único caso de naufragos conmurientes que registran los anales judiciales dominicanos. En aquella ocasión hizo triunfar la tesis más justa y quedó consagrado como abogado que conjugaba altos principios, éticos con la ciencia del derecho y como hombre para quien el placer de la justicia estaba por encima de los incentivos mercenarios.

En el templo en que se rinde culto a los valores estéticos, Porfirio Herrera fue el diestro artífice del verso y la prosa, que supo extraer para deleite de los hombres los secretos del ritmo y el sonido en función de ropaje del concepto luminoso. En una y otra forma su palabra está transida de gene-

rosos pensamientos y bellas metáforas, envuelta en el embrujo que sólo el poeta auténtico sabe imprimir a lo que dice. Pero en este aspecto culminante del espíritu fecundo de Porfirio Herrera sea el calificado representante de la Academia Dominicana de la Lengua quien señale los logros más significativos por su originalidad, belleza y sentido.

Quien habla por mi conducto para expresar su congoja ante la tumba que hoy se abre es el Instituto Duarteano, la agrupación que por loable decisión gubernamental trabaja desde hace más de seis años en el estudio y difusión del prócer extraordinario que ofreció su ser en holocausto para que los dominicanos fuéramos una comunidad libre de hombres libres.

En el ambiente fraterno del Instituto Duarteano Don Porfirio era el mayor en edad y sapiencia. Integró nuestro grupo, participó en nuestras inquietudes e iluminó nuestras deliberaciones mientras lo ayudaron sus fuerzas orgánicas en los años provecos. En todos producía impacto emocional y sentimientos de veneración cuando a nuestras reuniones comparecía el gran nonagenario, el paso tardo y la mirada optimista, movido por la conciencia de su deber como segundo vicepresidente, marcando contraste con tantos que en plena ~~yuventud~~ madurez no honran como debieran la investidura que los adorna.

Don Porfirio conocía a fondo la historia de la República y sabía aproximarse al alma de los próceres patrios. Estas vivencias contribuyeron sin duda a que fuera un ciudadano modelo anheloso de superaciones en su país. Porque quien conoce la historia de su patria es quien mejor preparado está para orientar la vida colectiva, desde la tribuna, la cátedra o la función pública, y aquella deje de ser una constante repetición de procesos viciosos e inveterados para que sea, al contrario, un continuo avance en el camino de las grandes metas del orden, la paz, la justicia y el progreso. ¡Cuánto

4

habríamos adelantado ya los dominicanos si todos los ciudadanos tuviéramos algo de Porfirio Herrera!

Su prédica patriótica ha quedado grabada en el recuerdo de muchos hechos edificantes de su larga actuación y en palabras apostólicas en discursos, artículos y poemas. Era un verdadero duartiano y como tal se proyectó en las tres dimensiones de la concepción platónica: el bien, la verdad y la belleza. Demostración elocuente de esta afirmación es "Mármol patricio", ~~un~~ poema épico de gran aliento, glorificador del primer trinitario, en que no se sabe qué admirar más, si la cabal comprensión histórica, el vigor moral de las sentencias o la belleza mágica de la forma:

"Oh! musa de la Historia! abre las puertas
 del sacro templo en que la patria exultas,
 y hable tu voz de tantas glorias ciertas
 bajo las ruinas del ayer sepultas."

Así comienza el canto en que evoca la grandeza de Duarte.

Luego dirige a sus conciudadanos palabras clamantes de concordia, arrancadas a su preocupación patriótica en el momento en que las escribió en el lejano 1912, palabras que ahora Don Porfirio va a repetir por mi humilde intermedio, porque todavía es necesario que resuenen en la conciencia de los dominicanos:

"Ante ese templo deponed los odios;
 que allí su cruz de redención levanta
 martirizada y santa,
 sus brazos maternos extendidos,
 la bandera inmortal;
 brazos que purifican y redimen
 pidiendo paz al cruento fratricidio
 sobre las aras que purpura el crimen."

El Instituto Duarteño, sinceramente identificado con el dolor de los descendientes y parientes de Don Porfirio Herrera y con el justo duelo de la nación por la partida sin retorno de tan ilustre hijo, ha querido que en lugar de ^{un}reverente elo-

gio final a su memoria sean esas palabras del propio poeta patriota, en el terrible año 12 las que se oigan, otra vez, en el ámbito nacional en el momento de bajar, a lá tumba, a manera de toque de silencio que invite a la meditación y a la serenidad.